

miento: el universo entero había desaparecido para él. ¿El cruel anuncio del matrimonio de Laura no era bastante para elevar sus penas hasta el extremo? Pues aún le faltaba que padecer. Al ver llegar á su madre se enrojece y se pone pálido alternativamente. . . . ¿Qué le dirá? ¿Podrá continuar su reserva, guardar más tiempo su silencio? Su pena está adivinada, ¿cómo ocultarla bajo el velo del misterio? El corazón de una madre no se deja engañar tan fácilmente. Ella se aproxima á Ricardo y con el tono más dulce é insinuante y con las palabras más adecuadas á su posición, le suplica le confiese sus penas.

En vano intentaba ocultar de nuevo la causa de su trastorno, cual una deshecha tempestad había destruído las habitudes todas de su vida pacífica, y de la calma común de su genio moderado. No puede resistirse más, se lo confiesa todo y le muestra la terrible carta, que había producido una crisis tan peligrosa.

No pudiendo, á pesar de su ternura extrema, cicatrizar la madre una llaga tan cruel, acompaña á Ricardo en su aflicción y le ofrece este consuelo dulce y penetrante, único que encuentra siempre el camino del corazón; le reconviene por su larga reserva, y llora largo tiempo con Ricardo; pero al fin reflexiona; deja de pronto á su hijo y se dirige de prisa á donde está su prima y le dá los detalles de todo lo que aca-

baba de saber. Una íntima esperanza la anima, y confía en que la intervención de Quirina con los padres de Laura, podrá acaso variar su resolución.

Doña Quirina al momento se dispone á ir á casa del padre de Laura y á pedir ella misma su mano para Ricardo.

Admirado el rico comerciante de una visita tan intempestiva y con objeto tan desagradable para él, la acogió con demasiada frialdad: irritado de la resistencia que le había opuesto su hija, ó más bien, de las tiernas plegarias que le había dirigido, sus facciones, descompuestas en medio de la dureza y la severidad, indicaban muy al vivo toda la turbación de su alma.

Doña Quirina, sin desanimarse por el mal aspecto de una entrada tan desagradable, varió la conversación á asuntos diferentes: como hablaba con facilidad y con gracia, el padre de Laura la escuchaba con atención, y la serenidad volvió á presentarse en su rostro.

¿Pero cómo llegar al punto principal? ¿Cómo tocar aquella cuerda tan delicada, mas sin embargo tan esencial como urgente, y que era el único objeto de su visita? Se resuelve por fin y le habla del matrimonio de Laura, preguntándole si estaba muy próximo. El corazón del padre estaba ulcerado y se encontraba en uno de aquellos momentos en que el alma tiene necesidad de esplayarse y en que llega á ser

indispensable un confidente, cualquiera que sea. Manifestó en términos muy expresos á doña Quirina lo decidido que estaba á no contrariar la voluntad de su hija ni causar su desgracia, uniéndola á un esposo que no fuese de su gusto; pero que no opinaban de este modo sus hermanos, quienes acaso, únicamente en su obsequio, habían permanecido solteros con el fin de dejarla de heredera de sus cuantiosos bienes; por lo que estaba resuelto á contrariar de todos modos la indicación que le proponía y aun á valerse de todos los recursos que le proporcionaba su autoridad paterna para impedirlo.

No es fácil explicar la desagradable emoción que sufrió Ricardo al saber por su tía el triste resultado de sus pretensiones; sin embargo, los principios de su educación, el afecto á su familia y el mismo amor á Laura, le hicieron tomar la pronta resolución de abandonar á México é irse á radicarse á Guadalajara, en donde doña Quirina necesitaba de los auxilios de su profesión, para terminar algunos pleitos pendientes en su testamentaria, á fin de dejar saneado un caudal que ella misma ignoraba su cuantía, hasta que á virtud de los esfuerzos de Ricardo y de su inteligencia en las leyes del país, aclarados mil puntos complicados, resultó que pasaba de cien mil pesos.

Ricardo, entre tanto, supo: que si bien

su repulsa había opuesto un dique inexpugnable á sus pretensiones, sin embargo, Laura había conseguido de su padre y sus tíos la oferta solemne de que no la obligarían á que diese su mano á persona que no fuese de su agrado, y un ligero vislumbre de esperanza, alimentado en lo más íntimo de su corazón, no dejaba de alentar alguna vez, presagiándole que con el tiempo acaso volverían á renovarse las relaciones que por entonces, en consideración á la misma tranquilidad de Laura, se había visto obligado á romper absolutamente. Tanto esta débil esperanza, como los importantes sucesos de la época de la independencia, en que el amor á su patria y su posición social le hicieron tomar una parte muy activa en los negocios públicos, servían de algún lenitivo á su constante amor con toda fuerza contrariado.

Lograda la independencia de México en el año de 1821, los tíos de Laura resolvieron trasladarse á España, su patria, no pudiendo soportar las nuevas ideas de libertad, que circulaban por todo el continente, y que no podían soportar ya en su edad, educados y acostumbrados á las ideas más exageradas de aristocracia y servilismo.

Realizaron, por consiguiente, la mayor parte de sus bienes, y abandonaron un país en que sólo veían la inmoralidad y la irreligión entronizadas. El padre de Laura, aunque pensaba con corta diferencia lo mismo

que sus hermanos, no podía resolverse á sufrir una pérdida tan considerable en su capital, como exigiría indispensablemente una pronta realización de fincas rústicas y de efectos de comercio en aquellas circunstancias; así les ofreció seguirlos á la madre patria dentro de uno ó dos años, tiempo que calculó suficiente para poder vender sus propiedades con menos detrimento, pues calculaba que la pérdida que sufriese en su realización, podría indemnizarle con usura, empleando su producto en efectos del país como grana y añil, que podría expender con mucho aprecio en Cádiz. Así lo dispuso y así lo verificó, y antes del tiempo que había calculado, se encontraba en Veracruz con un cuantioso cargamento, en cuya compra había invertido el producto de sus bienes.

Ricardo, que ocupaba un lugar distinguido en la sociedad y uno de los destinos principales en Guadalajara, debido tanto á su conocido mérito como á los importantes servicios que había prestado á la emancipación de su país, supo con el mayor sentimiento la resolución de los parientes de Laura y la próxima marcha de ésta. A pesar del influjo de sus amigos en México, no pudo lograr que su padre variase de determinación. Mal sofocado su amor y creyendo para siempre perdida á Laura si llegaba á salir del país, se resuelve á marchar á México y á multiplicar por sí mis-

mo sus esfuerzos para impedir aquella marcha; pero ni las atenciones de su empleo, ni las de las negociaciones que había emprendido de resultas de la muerte de doña Quirina, quien lo había dejado de heredero de todos sus bienes, le permitieron salir de Guadalajara con la prontitud que deseaba. Al llegar á la capital supo con el mayor sentimiento, que dos semanas antes habían salido para Veracruz Laura y su padre. Su impaciencia se aumenta con este contratiempo y nada le detiene, esperando que al menos podría verla antes de embarcarse en Veracruz. En efecto, toma la posta, y sin omitir gasto ni diligencia alguna, llega á aquel puerto, donde al punto recibe la cruel noticia de que el buque en que su amante Laura marchaba á la Península, acababa de hacerse á la vela.

Un golpe tan mortal estuvo á punto de terminar con su existencia ó al menos de perturbar su razón. Aun no acababa de oír tan cruel noticia, cuando con precipitada carrera se dirige á la costa, por si podía divisar todavía el frágil leño que le robaba su vida y el uso de todos sus sentidos. Pero sus esfuerzos son en vano; desolado recorre las playas y cualquier punto que divisa en el horizonte se le figura un buque, y su imaginación acalorada le hace escuchar en cualquier ruido el eco de la voz de su amada. La noche se aproximaba, el crepúsculo de la tarde apenas permitía ya divi-

sar los objetos. Una caminata por más de dos horas y á pie, en aquellas arenosas playas, agotó muy pronto sus fuerzas. Exánime y sin poder sostenerse, cae de rodillas dirigiendo sus plegarias al cielo, á quien pide lo auxilie contra el genio de la desesperación y contra la idea del suicidio, que á cada paso le combaten y que iban ya á precipitarlo en lo más profundo de aquel mar proceloso, si un esfuerzo sobrenatural no le hubiese recordado en aquel momento toda la fuerza de los sentimientos religiosos que habían grabado en su alma los principios de su educación y de su moralidad. Pero tan fuertes contrastes eran muy superiores á la resistencia de su ser físico. . . . No pudiendo sostenerse ya, cae desmayado sobre la arena privado de sentido. Permanecería acaso hasta el día siguiente, si una horrosa tempestad, con sus aterradores truenos, y si las encrespadas olas que llegaban hasta él no le hubiesen sacado de aquel desmayo ó estupor. Al principio pensó permanecer quieto sin emprender ningún esfuerzo, hasta que un golpe de mar, arrebatándolo á la profundidad, pusiese término á su odiosa existencia; pero el aparato mismo de aquel magnífico é imponente fenómeno de la naturaleza, le hizo recordar los deberes que lo unían á la vida, y despertaron en su alma aquel sentimiento íntimo, que obliga á las criaturas animadas á huir naturalmente del riesgo que amena-

za su existencia. Un relámpago que pareció iluminar la tierra acaso con más brillo que el sol, le recuerda el resplandor de la divinidad y la existencia de su omnipotente autor. Se reanima, procura adquirir vigor, cobra aliento, y logrando ponerse en pie, escapaba despavorido de la fatal orilla donde su muerte habría sido inevitable, si hubiese permanecido por más tiempo, privado del uso de sus sentidos.

A la luz de los relámpagos pudo alejarse del lugar donde estaba y separarse lo bastante de la costa; pero la horrible obscuridad que sucedió poco después, le impidieron absolutamente continuar su marcha hacia el puerto, y temeroso de extraviarse más y más, esperó tranquilo hasta que la aurora, disipando las sombras de la noche, le hizo reconocer lo inminente del riesgo de que la Providencia acababa de salvarle.

Pocas horas después logró desde la altura de un médano divisar la ciudad de Veracruz y á poco rato encontrar á sus criados, que en vano le habían buscado toda la noche. Uno de ellos volvió corriendo al puerto, donde consiguió una volanta para conducirlo con un facultativo, pronto á prestarle los auxilios que exigía tan imperiosamente la situación de sus desfallecidas fuerzas. Apenas llegaron á su habitación, y aun no acababa de recibir los primeros recursos del arte, cuando el facultativo, que estaba á su cabecera, recibió una carta

á cuya lectura se levantó de pronto dirigiendo á Ricardo sus excusas por la precisión en que se veía de retirarse tan pronto, pues se le llamaba con la mayor urgencia á prestar sus auxilios á algunos náufragos que acababan de salvarse, habiendo hecho pedazos el fiero norte contra los escollos, el buque que los conducía: de pronto ocurrió á Ricardo. . . . la idea más triste y más desoladora. Pregunta el nombre del buque que ha naufragado, y al saber era el "Águiles," el mismo en que se habían embarcado Laura y su padre, como por un prodigio, recuperando instantáneamente sus fuerzas, se levanta y sigue al médico que iba á prestar sus auxilios nada menos que á Laura y á su padre. Por fortuna, la salud de éstos poco había resentido, y la de Laura recibió un bálsamo de salud milagrosa á la vista de su nunca olvidado Ricardo. Sin embargo, escapados en el bote del buque, un cuarto de hora antes de que éste hubiese ido á pique, habían perdido absolutamente todos sus bienes, y la presencia de Ricardo, en tales circunstancias, si fué la más consoladora para Laura, no pudo menos de ser grata para su padre.

El esmero y los cuidadosos afanes de Ricardo, lograron dentro de muy pocos días el completo restablecimiento del anciano y de la joven; pero el decaimiento de aquel y su profunda melancolía, visiblemente anodaban sus fuerzas á cada momento.

Aprovechando Ricardo la oportuna ocasión de oír de boca de él reflexiones de conformidad y de resignación.—"Nada habéis perdido, le dijo: vuestra situación no ha cambiado. Poseedor de cuantiosos bienes, vos los disfrutaréis, y si insistís en marchar á España, podéis disponer de cuarenta ó cincuenta mil pesos, que dentro de pocos días podré poner aquí mismo á vuestra disposición. Mis hermanas, habiéndose casado ventajosamente, no necesitan de mis auxilios; y mi madre, merced á un cuantioso legado que le dejó su hermana, disfruta de una suerte independiente en la que nada tiene que apetecer. Por mi parte, mi posición social me ha proporcionado un destino, cuya renta de cuatro mil pesos, sería bastante á mi ambición, aun cuando no me quedase todavía mayor cantidad de la que os ofrezco."

Un largo rato de silencio siguió á esta oferta generosa. Estupefacto el padre de Laura, conoció en ella la grandeza de alma de aquel joven, á quien sólo las preocupaciones le impedían darle el dulce nombre de hijo; pero la presencia inesperada de Laura en este crítico momento, acabó de lograr un triunfo que ya estaba tan adelantado. Repitió á su hija en breves palabras las generosas ofertas de Ricardo, y concluyó diciéndole: que en el último tercio de sus días, no podía aspirar á otra felicidad que á la que hiciese la de su hija, y que por

consiguiente á ella sola tocaba el decidir de su suerte.

Fácil es concebir el desenlace de esta escena, así como el de toda la historia: el padre de Laura, en vez de marchar á España, se dirigió con sus hijos á Guadalajara. Las preocupaciones de los años anteriores habían perdido casi toda su fuerza, y aun cuando así no hubiera sido, la conducta de Ricardo se había sobrepuesto á ellas en el ánimo del anciano. El enlace apetecido de Laura y Ricardo y la vejez más venturosa de sus padres, fueron el feliz resultado del proceder honroso de ambos jóvenes, sostenido por la constancia; la prudencia y la virtud supieron vencer, así la contrariedad de la suerte, como el influjo de las preocupaciones.



UN RASGO
D LA
VIDA DE TRUJILLO.

I.

Una noche del año de 1812, daba las ocho en Valladolid (1) el reloj de su catedral, interrumpido por unos momentos el silencio profundo que reinaba en la ciudad, casi des poblada por la violencia de la revolución, y por el bárbaro despotismo de los jefes militares que la gobernaban.

En medio de un cuartito pobre se veía una mesilla de madera, encima de la cual, en un candelabro de barro, ardía, próxima á extinguirse, una vela que iluminaba escasamente las paredes ennegrecidas por el

1 Hoy Morelia [N. del E.]